

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes... 4 reales.
 Por tres id... 11 »
 Por un año... 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto, 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

DIRECTOR: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. : 15 reales
 Por seis id. 28 »
 Por un año. 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana,—jueves y domingo.

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral. izq.ª

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

DIBUJANTE: FRANCISCO ORTEGO.

ADVERTENCIA.

Los suscritores de provincias cuyo abono venza en fin de Mayo, y deseen continuar suscritos, se servirán renovar hasta el 31, si no quieren esperar retraso.

El medio más fácil es por letra, giro mutuo ó sellos de franqueo.

Los vendedores que pagan á fin de mes liquidarán hasta el 31.

A los que estén en descubierto solo se les espera hasta fin de mes, y si no pagan, publicaremos sus nombres, con las cantidades que adeudan, para escarmiento de picaros, sin perjuicio de reclamar ante los tribunales.

Las cosas claras, y GIL BLAS no se muerde la lengua.

JÚBILLO Y ENVIDIA.

La democracia es la envidia.

Lo sé, me consta, nadie me lo dispute; que lo que pasa por mí en este momento no puedo consentir que se ponga en duda.

¡Oh mayoría feliz que en estos momentos sientes serpear por tus venas el deleite del triunfo, si vieras mi lacerado corazón, derramarías lágrimas parlamentarias sobre mi infortunio!

Tú tienes ya logrado el más vehemente anhelo; tú has recogido lozano y sabroso el fruto de largas vigilias. Tus esperanzas se realizaron; llenáronse todos tus deseos, desde que el jueves último, á la hora del crimen y de las fantasmas leyenderas, votaste la monarquía.

El cielo te ha sido propicio; ¿qué más puedes pedir? ¿qué más puedes desear? ¡Oh, si bastase votar si para tener monarca, imagino que tu dicha en la tierra solo podría compararse con las eternas bienaventuranzas del cielo!

En cambio ¡ay de mí! ¿qué nombre daré yo á este continuo escarabajeo, á este roimiento que no cesa en mi interior, á esta inquieta desazon que intranquiliza mis sueños y en todas partes me hace ver soberanos simpáticos, bondadosos, pios y longánimes, que sin hacer nada, sin menearse, sometidos al sagrado ocio de su naturaleza constitucional, labran la ventura del pueblo y desmienten con los espontáneos productos de su sér todas nuestras predicaciones y augurios, y llevan la patria á tan lejanos horizontes que se pierde de vista?

¡Oh, quién me diera encarnarme en el seno de la mayoría por un leve instante para participar de sus inefables delicias!

¡Ah! no nos fué dado á los ínfimos gozar de tan altos bienes; para ser digno del regocijo de la monarquía, es preciso haberla derribado antes.

¿Habrá dormido la numerosa falange que votó si? Lo dudo.

El contento de haber asegurado la felicidad de la patria; el noble orgullo de poder decir cada uno de ellos: «La Providencia, yo y mis amigos realzamos el trono caído; en todas las futuras glorias, de esa monarquía que hemos escrito en el borrador de la

Constitucion, tengo yo parte;» ese noble orgullo, digo, ha de tener el ánimo dulcemente agitado; debe separar con fuerza los párpados impidiéndoles el mútuo contacto, y ha de hacer despreciar el sueño, imagen espantosa de la muerte, al que solo con estar despierto puede ser visitado por las sensaciones más gratas de la existencia.

¡Y el rey!

¡Qué desgracia que el rey no pueda desde ahora participar de ese regocijo!

Lo digo porque como es el que mayor placer ha de sentir con el tiempo, ignora todavia que esté destinado para tamaña ventura...

Es claro que todo principe se alegrará á estas horas *sub conditione*, por si le toca algun dia ocupar el trono levantado de nuevo; pero esa alegría aleatoria no vale la de los señores de la derecha, que saborean dichas ciertas y positivas.

Como quiera que sea, la desventura, el chasco, la envidia son para los que mal aconsejados dijimos setenta y una veces no á la forma monárquica, repitiendo de todo corazón el estéril monosílabo cada vez que votaba un compañero.

¡Oh, haber votado el trono! ¡Tener trono! ¡No faltarle á uno más que un rey para ser completamente dichoso, hé aquí el colmo del deleite honesto!

¿Qué sino fatídico nos habrá negado para siempre tan alta ventura?

¿Por qué desde niños no fuimos inclinados á votar si, á encaminarnos siempre á la acera derecha?

Nuestros adversarios son capaces de reunirse en un banquete el dia menós pensado, á celebrar el triunfo de los principios, pudiendo decir con razon: ¡Ya que no tengamos rey, á lo menos habremos tenido sitio donde ponerle!

Nosotros, entre tanto, pálidos, verdes, melancólicos y sombríos, nos esparciremos solitarios por los ámbitos de la península, sin más compañía que el amargo dolor y un anteojo, y la triste vejez nos sorprenderá escudriñando el horizonte y esperando el rey para abominar de él en cuanto llegue, rey que es capaz de no venir para que hasta ese desahogo nos sea negado.

¡Oh rey, quien quiera que seas, tú puedes decir de mí: El desgraciado no puede amar-me. Pero en cambio, ¡qué abundancia de cariño no te guarda la mayoría! Para tí reserva todo aquel sacrosanto amor que tenia destinado á doña Isabel II y no hallé ocasion de tributarle.

¿A nosotros quién nos consolará? ¿De dónde esperar alivio?

Solo en la Providencia confiamos, que en los momentos más solemnes crea siempre un general que salve alguna cosa.

¡Veni, creator spiritus!

R. ROBERT.

EL REY POSIBLE.

¡Por fin!

Por fin caímos en la ratonera.

Ya tenemos monarquía, ya salimos ó vamos á salir de la interinidad, para entrar en las aguas de lo permanente.

Caro lector, amable contribuyente, confiado vo-

luntario, ya vereis cómo llega ocasion, en cuanto llegue lo permanente, de echar de menos esta libre interinidad, esta especie de república, contra la cual tanto declaman los partidarios de los reyes.

Pero ¡cómo ha de ser! nos empeñamos en la monarquía, como cosa permanente, y nos empeñamos de veras, como quien entra en una casa de empeños.

No hay que darle vueltas, la monarquía es una ratonera: el orden hace de queso: escuso añadir á Vds. que el pueblo es el raton.

Tenemos, pues, monarquía con sus atributos esenciales, es decir, monarquía seria, y tan seria, que el primero que se ria de ella lo va á pasar mal.

Ahora solo nos falta el monarca, que tambien debe ser serio.

Todos los antecedentes, todos los informes que nos da la prensa nos hacen presumir que este monarca serio será el duque de Montpensier.

No porque el duque de Montpensier deje de ser un inconveniente,

- Y una temeridad,
- Y un absurdo,
- Y una monstruosidad,
- Y una flaqueza,
- Y una infidelidad,
- Y una ingratitud,
- Y una calamidad,
- Y un compromiso,
- Y una barbaridad.

Nada de eso: Montpensier, segun dicen muchos, será rey de España... porque no hay otro.

Ahí tiene Vd. á lo que viene á quedar reducida la alta magistratura.

Se trata de un hombre para tal puesto.

Y se dice: ese hombre no sirve.

Y en seguida se añade: pero no hay otro.

¡Ah!... entonces sirve.

¡Admirable lógica!

Cuando Montpensier venga á regir los destinos de este pueblo, pondrá en la moneda lo siguiente: En el anverso:

Un francés amante del Dos de Mayo.

Y en el reverso:

Rey de las Españas por la gracia de... no haber otro.

Es una gracia como otra cualquiera.

Y gracias á esta gracia pueden los señores monárquicos llenar el hueco de su monarquía, si antes no se desbarata la cosa.

¡Oh España! Yo te envidio. Dios te ha hecho monárquica para tener el consuelo de encontrarte sin monarca, cosa muy necesaria para tener uno.

Porque en los pliegues del entendimiento humano hay algo que explica hasta lo inexplicable.

Todo candidato al trono necesita ser preferido á los demás.

A Montpensier le sucede lo contrario, y hé aquí su triunfo; todos han sido preferidos á él.

De modo que el encontrarse España sin candidato será la única razon sólida en que se apoya su eleccion.

—¡Es malo, pero no hay otro! grita la union liberal; presenten Vds. otro y le votamos.

Hé aquí el gran argumento.

—¡Es malo, pero no hay otro! grita la union liberal; presenten Vds. otro y le votamos.

Hé aquí el gran argumento.

¿Aceptará Montpensier? Yo creo que hasta la pared de enfrente.

Será un deber de conciencia el aceptarlo quizás; pero deber de vergüenza no puede serlo jamás.

RESÚMEN.

La república ha muerto: ¡viva la república! Vds. me perdonarán sin duda este inocente desahogo, lícito ahora, según el sentido común, y lícito después, según las declaraciones del Sr. Martos.

El sentido común me dice en efecto que la monarquía no es ley aun: que no son leyes seguramente los artículos de una Constitución en tanto que esta Constitución no esté votada y promulgada.

El proyecto constitucional tiene ciento doce artículos, que no me parecen muy pocos, aunque pudiera tener más.

De esos ciento doce van aprobados treinta y tres, salvo error; calculen Vds. si será lícito todavía gritar con atronadora voz: ¡viva la república!

Esto por lo que se refiere al sentido común. En lo relativo á la declaración del Sr. Martos, la cosa no parece tan clara.

Asegura este señor diputado que los republicanos podrán proseguir en su propaganda por todos los medios lícitos—¿con que lícitos?—si bien el Sr. Rios Rosas no se atreve á prometer tanto, y el Sr. D. Salustiano Olózaga aun ofrece menos.

A bien que como hay fortificaciones á prueba de bomba, nosotros estamos hechos á prueba de persecuciones; y si bien es cierto que no hay peor astilla que la de la misma madera, la idea republicana triunfará á pesar de todas las dificultades y á despecho de los obstáculos que á su paso opongán nuestros compañeros de ayer, que han de ser—ó yo me equivoco mucho—nuestros perseguidores de mañana.

Quiero separar de mi mente tan tristes ideas. Pensemos en el triunfo de los doscientos catorce. España es otra vez una monarquía, en cierto modo; y digo en cierto modo, porque todavía no tiene monarca.

De manera que ya casi nada nos falta para ser felices.

Tenemos un palacio real. Y un real patrimonio. Y en el palacio ha de haber un trono, bien que yo no lo he visto. Y entre las alhajas habrá una corona. Y un cetro. Y un manto.

Nada nos falta; todo está completo, todo está á nuestra disposición, todo... menos el rey. Decía un sábio que si no existiera Dios sería necesario inventarlo.

Yo aseguro que cuando no hay reyes se inventan, porque según la opinión de los doscientos catorce sin reyes no podemos pasar.

Apuradillo había de verse el artista que tomase á su cargo la construcción del monarca á gusto del consumidor.

Porque la verdad es que todos los oradores monárquicos piensan que es indispensable el rey; pero cada uno le ha retratado á su manera.

Para el Sr. Rodríguez el rey es un autómatá, que realiza el derecho fatalmente y sin saber lo que hace.

Mezcla extraña de ser animado y de materia bruta, que nada desea, que de nada necesita, que vive como las máquinas para realizar un fin mecánico.

Este es un rey. Otros monárquicos nos hablan de un santo de pino, de caoba ó de alcornoque, que los fieles veneran y sacan en procesión.

Este es otro rey. Aquí oímos decir que el rey es un hombre honrado, que con su honradez tiene bastante, que nada hace, que nada piensa como no sea satisfacer sus necesidades y dejarse ver de vez en cuando.

Este es otro rey. Allí nos aseguran que el rey es un ojo—¿de hierro ó de madera?—alrededor del cual gira la máquina gubernamental.

Este es otro rey. Rios Rosas sostiene que el rey es propietario de la nación, y jura y perjura que, á la manera que el propietario particular deja su hacienda á su heredero, el monarca puede y debe dejar la nación, que es patrimonio suyo, á sus herederos.

¡Y viva la soberanía nacional! Para el fogoso orador los españoles somos una manada de carneros.

¡Elevada idea de la dignidad humana! Y yo pregunto, ¿dadas tales ideas del monarca, podremos inventar el rey?

Sospecho que no. Entretanto, y mientras ese monarca no esté inventado—y aun ha de tardarse mucho—yo puedo gritar si Vds. no lo han por enojo: ¡viva la república!

A. SANCHEZ PEREZ.

SOBRA DE PALABRAS.

Brillante es el espectáculo que ofrecen las Cortes Constituyentes.

¡Oh! sí; brillantísimo. Nada tenemos que envidiar á las demas naciones.

En España hay, proporcional ó relativamente, más oradores notables que en ninguna parte.

Es admirable la imaginación de nuestros hombres políticos. Más admirable aun la latitud de sus talentos.

Saben mucho, ¿quién lo duda? pruebas dan de ello á cada momento. Y lo que saben, lo saben explicar de un modo admirable.

Brillantez en la frase, verbosidad pasmosa, imágenes magníficas, actitudes plásticas... de todo hay en la urna del Señor.

Si habla Castelar, ¿quién no se entusiasma?

Si habla Figueras, ¿quién no se convence?

Si habla Monescillo, ¿quién no admira aquella sencillez encantadora?

Si habla Rios Rosas, ¿quién no vé al tribuno?

Si habla Olózaga, ¿quién no vé al académico?

Si habla Echegaray, ¿quién no se deja llevar del entusiasmo?

En una palabra, cada orador es una gloria nacional. En la mayoría, en la minoría, arriba, abajo, en medio; á la derecha, á la izquierda, en el banco azul, en los bancos colorados, siempre hay un orador que al dirigirse á la Cámara y al público en general, logra cautivar el ánimo y halagar el amor patrio.

Es indudable que contamos con muchos, muchísimos hombres notables. Desde Castelar hasta Bugallal; desde Olózaga hasta Manterola; desde Orense hasta Paul, y desde Cánovas hasta Cruz Ochoa, en todos los diputados de estas Cortes hay algo que admirar. En este la franqueza, en el otro el estilo, la dulzura en aquel, la energía en estotro. ¡Dichoso país, dichosa Cámara y dichosos oradores!

El público... ¡ya se vé! el público siempre ha de ser lo mismo. Le sucede en el Congreso lo que le sucede en el teatro. Cuando una frase le divierte ó le conmueve, aplaude y se le olvida todo. Se dan comedias muy malas, pero con versos muy buenos. Se dan discursos muy buenos, pero con intenciones muy malas.

Así el tiempo pasa. Cada sesión dura tres ó cuatro horas.

Durante estas tres ó cuatro horas, el diputado que toma primero la palabra, no la suelta tan fácilmente. ¿Qué ha de soltar? La palabra no se suelta hasta que no se logra con ella el aplauso de los oyentes. Este es vicio de oradores de todos los tiempos y de todos los países.

El orador se extasia, el público se extasia también. Hace aquel alarde de sus conocimientos, y en un discurso poético y literario espone sus estudios filosóficos, científicos, políticos, geográficos, físicos, teológicos, hípicas y pirotécnicos.

Ya se desfogó, ya produjo el efecto. Ya no dirán en su país que ha venido á decir sí ó no, como Cristo nos enseña. Se sienta satisfecho al contemplar la satisfacción de los que le oyeron.

Tócale el turno á otro. Este no puede por menos de hablar bien después del brillante discurso de su digno compañero (que es la frase corriente), y procura no hacer peor efecto que el orador que acaba de sentarse. En efecto; su estilo es correcto, su voz clara y sonora. Sus conocimientos profundos. Discurso es el suyo que parece una enciclopedia. El orador demuestra á la Cámara que sabe aritmética, geometría, álgebra superior, física, química, fotografía, albañilería, cánones, equitación, heráldica, espiritismo, gimnasia y arte culinario.

Aplausos nutridos colman de júbilo al orador y al país que tal eminencia cuenta entre sus hijos. Se levanta la sesión. Orden del día para mañana. La discusión pendiente.

Así estamos hace seis meses, poco más, poco menos.

Así se nos pasa la flor de la vida. Así vemos nevar, hacer buen tiempo y achicharrarse la gente durante la discusión de este ó el otro proyecto.

El de Constitución se discute poquito á poco. Todo el mundo habla. Más que discusión parece aquello el juego de apurar el consonante.

¡Y pensar que entretanto todo sigue en el mismo lamentable estado! ¡La Hacienda perdida, los carlistas en la frontera, Madrid sucio y feo, los pobres acosándonos, la miseria en Castilla, el apetito en Aragon, la languidez en Barcelona, y el hambre en todas partes!

Convengo en que los oradores de la Cámara no tienen que envidiar á los mejores de Europa. Que sus bellezas literarias y sus cualidades oratorias son admirables; que todo cuanto se dice por unos y otros es bello en extremo...

¿Pero qué lentitud es esta que nadie se esplica? ¿Qué afán es este de lucir la persona, la voz y la memoria?

¡Oh, diputados Constituyentes! ¿Creeis que lo habeis conseguido todo con hablar á toda perfección y corregir y lucir vuestros discursos en el Diario de las sesiones?

Pues oid. El pueblo quiere que hagais mucho más y habeis mucho menos.

Las provincias, que no os oyen y han de leer vuestros discursos, los leen, no como discursos, sino como soluciones de problemas.

Y al ver que las soluciones no llegan, creen que no hay tal problema, y que la verdad no es más que una. Que el tiempo se pasa y que el país tambien se pasa.

Y por último, ¿para qué tanta frase galana, si esta frase no llega más que á los aficionados á estas cosas?

Tres millones de electores no saben leer. ¿Qué les importa á esos de vuestro correcto estilo?

Dadles un derecho y una libertad y un trabajo duraderos, y vereis cómo sin leerlos os comprenden y os agradecen en el alma vuestra obra patriótica.

LO DE PARÍS.

I.

Lo de París es grave. ¿Quién lo duda? Se trata nada menos que de tumultos imponentes, de elecciones radicales, de gritos subversivos y de fuerza armada.

Así han empezado todas las revoluciones. Cuando un país está dispuesto á enviar á paseo lo existente, se aprovecha de la menor cosa para manifestar su disgusto.

Basta una chispa para que haya un incendio. El pueblo de París está harto de Napoleon III. Esta es la verdad sin ambages ni rodeos.

Hace diez y siete años que Napoleon III está sosteniendo con las espaldas el edificio de su imperio. Napoleon es ya viejo y no tiene fuerza en las espaldas.

El peso del imperio le abrumba, y además el pueblo de París le empuja para que el edificio se derumbe.

No puede menos de ser así. Lo que ha de suceder, sucede.

Figurémonos que un enfermo de poca gravedad pretende no sufrir dolor ninguno, y apela á un remedio heroico.

Generalmente estos remedios dan por resultado la conservación del individuo durante algunos años. Pero como la naturaleza está viciada, cuando viene la recaída, ¡adiós!

El imperio recae. Cayó por primera vez con Napoeon I. Cae por segunda vez ahora.

II.

Las noticias que el telégrafo nos comunica nos hablan de tumultos en las calles.

Todas estas escenas producen la mayor alarma en París. Suenan tiros, se hacen descargas, la caballería atropella á los ciudadanos, se cierran las tiendas, se rompen los cristales, y reina una efervescencia que los conservadores llaman pánico y los liberales justa saña.

Hasta ahora, el descontento de los franceses no se habia manifestado de un modo visible.

La prensa habia dicho la primera palabra. Al pueblo correspondia acabar la frase, y el pueblo ha comenzado ya á deletrear.

¿Qué hace entre tanto el emperador? Dicen que está tranquilo. Considera poco importantes estos motines del momento.

Deplora, porque es muy sensible, que en las calles de París se den tales espectáculos; pero ¿qué ha de hacer el pobrecito sino emplear la fuerza contra la fuerza?

¿Acaso debe estarse quieto cuando las masas gritan que él muera?

Esto sería ilógico. Todavía peor, sería cobarde.

Por otra parte, ¿no es él el encargado de velar por la tranquilidad de la Francia?

¿No es él el representante del orden? Su imperio, ¿qué significa? La paz, el orden, la prosperidad de la Francia.

Por consiguiente, su deber como padre amante de

EN UNA ENCRUCIJADA.



—¡El trono ó la vida!

los franceses, es corregir los estravios de estos señores.

Su obligación, como representante del orden, es emplear la fuerza para que el orden no se altere.

Este es su pensamiento. Esta su conducta, altamente política y moralizadora.

Por eso ve lo que pasa, y está tranquilo. Por eso parece que ni teme ni debe.

III.

Entre tanto, el día del escrutinio general se aproxima.

Los electores han echado el resto esta vez.

Han votado candidatos liberales. Han hecho esfuerzos desesperados para conseguir que en los bancos de la oposición no quede un hueco vacante.

Y hacen bien los electores. Su entusiasmo por Rochefort es una prueba de que quieren caminar hacia adelante.

Napoleon está quieto. Los electores dan un paso. ¿En quién confía el emperador?

Harto lo sabe la prensa imperialista. Harto lo saben los italianos y los mejicanos y la Europa entera.

Confía en sus soldados. En esos soldados que le han servido en Oriente, y en Italia, y en Méjico, y en Prusia.

Un millon de soldados tiene el imperio en pié de guerra.

¿Qué puede hacer la idea republicana contra un millon de soldados?

Desengañémonos. Por más motines que haya, como el ejército imperial es un servidor fiel y cariñoso, la lucha será estéril. La idea nueva no *reussirá*.

Por eso Napoleon está tranquilo.

Por eso ni teme ni debe.

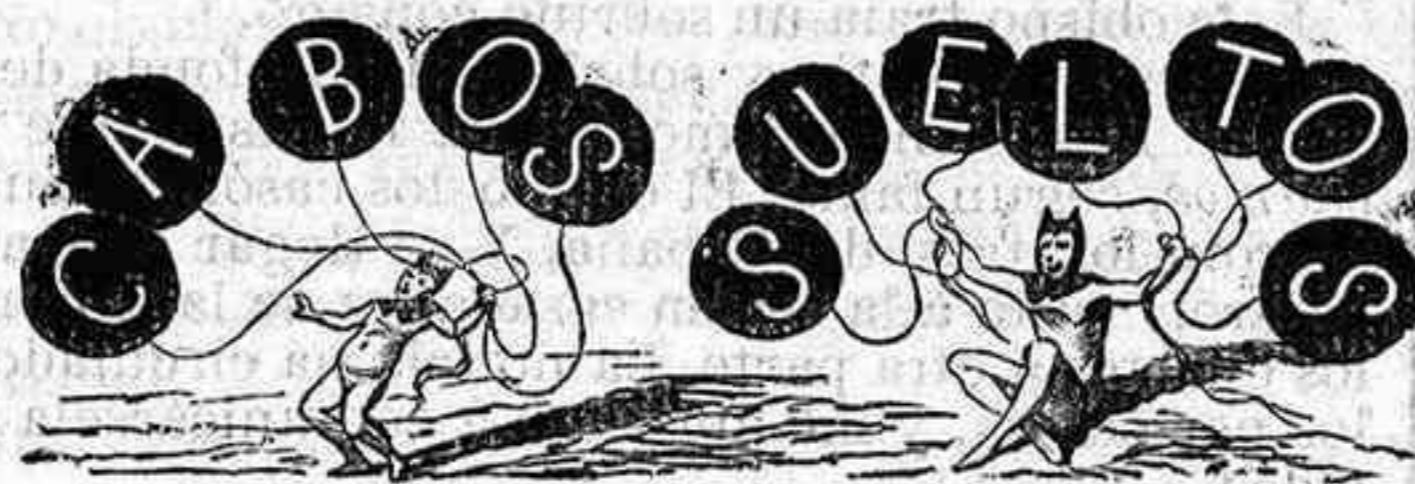
Pero... ¡ah! Una nueva noticia viene á sumirnos en un mar de dudas.

Noticia grave. Noticia única en su género. Acaso

la primera de esta clase que hemos recibido de Paris desde que existe el imperio.

«Se ha descubierto una vasta conspiracion militar. Varios oficiales de la Guardia imperial han sido presos.»

Napoleon III, representante del orden y de la paz armada, ¿estás tranquilo?



—Vamos á ver: ¿si los españoles todos le nombran á Vd. rey, francamente, qué diría Vd.?

—¿Francamente?

—Sí señor.

—Pues, francamente, diría ¡qué brutos!

—¡Me alegro! Se va á mandar que los voluntarios no usen el uniforme, ni aun el képis, fuera de los actos del servicio.

Del mal el ménos; ya que los voluntarios han sido tan incautos que han caido en la tontería de vestirse de soldaditos, que lo hagan lo ménos posible.

Me gusta el pueblo armado; no me gusta uniformado. ¿Está Vd.?

El fusil sirve para defender la patria; el uniforme para hacer el oso.

¡Mire Vd. que cuando uno ve esos trajes encarnados, esos zuavos del Sr. Useleti, y otros muchos, duda uno si este es un pueblo sério ó un pueblo de máscaras!

Voluntarios de mi alma, yo os quiero mucho, pero siento que no hayais seguido mi consejo.

A mí me encanta ver á un hombre de levita, de chaqueta ó de blusa con fusil, y exclamo: ¡ese es un hombre del pueblo! ¡Viva el pueblo!

Pero cuando le veo con traje de colorines, exclamo: ese me parece un aficionado á jugar á los soldaditos.

Seamos serios, si queremos ser respetados.

Hagámonos respetar, si queremos ser libres.

Seamos libres, si queremos ser hombres. ¡Creedme á mí!

Al entrar en prensa nuestro número anterior, no teníamos ministro de Estado y teníamos regencia.

Al entrar en prensa el presente número, no tenemos regencia y tenemos ministro de Estado.

Per troppo variar...

—Pero hombre, salgamos del atranco; ¿qué más dá rey que regente?

—No dá más: quita más.

Opinion de los conservadores.

(*Ayer.*)—La república de los Estados- Unidos es abominable porque conserva la mancha de la esclavitud.

(*Hoy.*)—La república de los Estados- Unidos era grande antes de la última guerra; hoy es esclava del presidente.

(*Mañana.*)—La república Americana ha sido siempre nuestro bello ideal, pero...

Aquí se puede añadir cualquiera sinrazon sin miedo de equivocarse.

Nuestro buen amigo y compañero de redaccion A. Sanchez Perez, ha abierto nuevamente su Academia de Matemáticas, que hubo de cerrar en los famosos tiempos de D. Severo Catalina. Consagrado muchos años á la enseñanza nuestro querido amigo, no quiere abandonar su honrosa profesion, y aunque continuará consagrándose á las tareas del periodismo en cuanto sus ocupaciones se lo permitan, ha decidido, y le aplaudimos por ello, renunciar sus trabajos profesionales.
En la calle de Silva, núm. 35, cuarto principal, ha establecido su Academia; deseámosle mucha prosperidad y aprovechados discipulos.

Ha vuelto á subir el papel *Regencia*.
Vea Vd. lo que es la monarquía, ó más bien, lo que es la farsa:
Para regente y para ministro, que son los que gobiernan, cualquiera sirve.
Para rey, que no hace nada, no sirve ninguno.
Es que tiene tres bemoles eso de nombrar rey.

Nombrar un rey es lo mismo que decir: Nosotros lo haremos todo y te nombramos á ti para que con tus manos lavadas te lo lleves todo sin hacer nada. No nos haces falta, pero te necesitamos para hacer un favor.

Tú sabes menos que nosotros, pero lo que tú digas será la sabiduría.
Tú eres cobarde, pero cuando nosotros peleemos te llevarás la gloria.
Eres feo, pero la más hermosa de nuestras mujeres será para ti, y á mucha honra.
Si yo fuera Víctor Hugo diria en su peculiar estilo: «Un rey. Prostitucion.»

Señales para conocer el mal tiempo:
Cuando duelen los callos,
Y cuando D. Salustiano se va á Francia.

Un cura en Badajoz estropea á una niña.
Dos monjas en Baeza se escapan con un cura.
Otro cura en las Provincias Vascongadas roba á otra chica.
En Potes otro cura...
En fin, que esto es no acabar.
El día menos pensado me encuentro en las esquinas con este letrero:

LOS BUFOS ARDERIUS.

Gran novedad para esta noche.—Por primera vez

EL CAN-CAN,

por dos francesas y dos curas españoles de los más escogidos.

.....Y siempre soñando con los socialistas y con reparto de bienes y con el comunismo y con la anarquía...

Señores reaccionarios, más prudencia, que aquí ya nadie cree á Vds.
Se me figura que para decir:
«Montpensier es mi dueño.»
No hay necesidad de andar todos los dias inventando noticias de trastornos.

Antes decian los montpensieristas:
«O Montpensier ó la República.»
Ahora que no hay República porque se vota la monarquía, dicen:
«O Montpensier ó el niño Alfonso.»
Estrechando más á los españoles, exclamarán mañana:
«O Montpensier ó el cocido.»

Viendo este afan infeliz decia un republicano:
—¡Ay! Montpensier es el grano que nos salió en la nariz.

Dice *La Regeneracion*:
«¡Bendito sea Dios, porque, sirviéndole, podemos dar libre curso al grito en que rebosa el corazón!
¡Viva Carlos VII!»

Por más que sirvieras á Dios, amigo neo, no podrias dar libre curso á ese grito á no ser por la revolucion. ¡Lógica, lógica, neos!
Gracias, pues, á la revolucion.
O gracias á Dios que nos ha traído la revolucion. Como más te agrade.

Las últimas noticias de Paris son cada vez más gordas.
¡Los tronos se bambolean! *La tempesta é vicina.*

En el sermón de desagravios que tuvo lugar en la iglesia de San Marcos, dijo el predicador Sr. Tornos que el catolicismo es la única verdad y que fuera de él nadie puede salvarse.

Estadística:
Hay solo en el globo doscientos millones de católicos.
Vea Vd., pues, al género humano en su inmensa mayoría condenado al infierno.
Si esto fuera así, el que habria hecho verdadera propaganda seria el diablo.

La cosa marcha.
El general Serrano está casi convencido de que debe aceptar el cargo de regente.
Esto ha dado lugar á escenas muy graciosas. Porque los vicalvaristas que habian escrito á todas partes asegurando que tal regencia no habria, se encuentran ahora con que el jefe de la revolucion les da un soberano chasco.

—General, le dijo anoche un diputado conservador al duque de la Torre; ¿pero es posible que retardemos la venida de nuestro hombre?
—¿De qué hombre?
—De Montpensier.
—¡Ah! exclamó Serrano, ¿pero todavia hay quién piensa en eso?

D. Salustiano, en tanto, pasea y medita.
¿Qué meditará?
¡Ah! Todo lo comprendo. Si la revolucion triunfa en Francia, ¿con quién se va á entender D. Salustiano?
Seria una cosa muy triste... para él, por supuesto.

Hay quien cree que pronto, muy pronto, estará aprobada toda la Constitucion.
Estoy deseando que esto suceda, á ver que pasa despues.
Porque como despues habrá que pensar en el monarca...
Y como parece que no hay quien desempeñe ese destino...

El monarca se va pareciendo al *clima* de cierto pueblo de Aragon.
Teniendo que llenar un alcalde las casillas de una relacion estadística, al llegar á la casilla de CLIMA, se quedó muy pensativo sin saber que seria aquello, y por último puso debajo:
—No le hay.

Los carlistas están convencidísimos del triunfo de su causa.
Saben Vds, lo que esperan para echarse á la calle? La venida de Montpensier, que tienen por indudable.
Se lo advierto al general Prim, para que no se deje convencer por nadie.
¿Eh?

Noticia importantísima. La reina *tersa* ha dado á luz un niño, y lo está criando á sus pechos.
Esto les entusiasma á los carlistas. Les parece un sacrificio inmenso, sin duda.
¡Qué cosas asombran á los súbditos leales!

Otra noticia *clerical*.
Se trata de un obispo extranjero que vino á España *so color* de reunir dinero para los niños expósitos de no sé dónde.
Este obispo traia un sobrino consigo.
Se hospedaron tío y sobrino en una fonda de Logroño. El sobrino enamoró á la fondista, que tenia cuartos, segun fama. El obispo los casó. Despues se fueron los tres de España. Y al llegar á Francia, dejaron solita á la recién casada, y se largaron con los cuartos á otra parte. La noticia ha circulado por los periódicos, y me apresuro á comunicársela á ustedes.

Otra por el estilo.
El cura de un pueblo cercano, no ha querido casar á dos novios porque no pueden pagarle.
Este cura protestará contra el matrimonio civil, como si lo viera.

Otra noticia. (Esta es de un corresponsal nuestro.)
Un cura se ha comido á un niño de siete años, con aceite y vinagre.

—Desde ahora no puede suceder nada en Madrid.
—¿Por qué?
—Porque han muerto *Los Sucesos*.
—¡Ah! de ese modo...

No es en la administracion del GIL BLAS, sino en todas las librerías principales, y en casa del editor (Beatas, 12), donde se suscribe á *Los Cachivaches de Antaño* de nuestro compañero Roberto Robert.

Esto no quiere decir que no sirvamos los pedidos que se nos han dirigido, ¡oro molido que fuera! pero vamos al decir...

Por cierto que ya era tiempo de que cayese sobre todo lo malo y trasnochado la solemne paliza de *Los Cachivaches*, y enviando 10 rs. se reciben en cambio 40 entregas, que son como cuarenta vasos de rejalar para los reaccionarios.

El que lo dude, que se suscriba.

¡El trueno gordo!
Habló Ayala y pronunció una tempesta, y salió del ministerio.
Las musas están en desgracia.
El desenlace de la comedia fué silbado.

—¿Me sabrá Vd. decir quiénes son los que votaron la nueva monarquía?
—Los mismos que votaron la antigua.
—¡Ah! ¡Pues aún nos queda una esperanza!

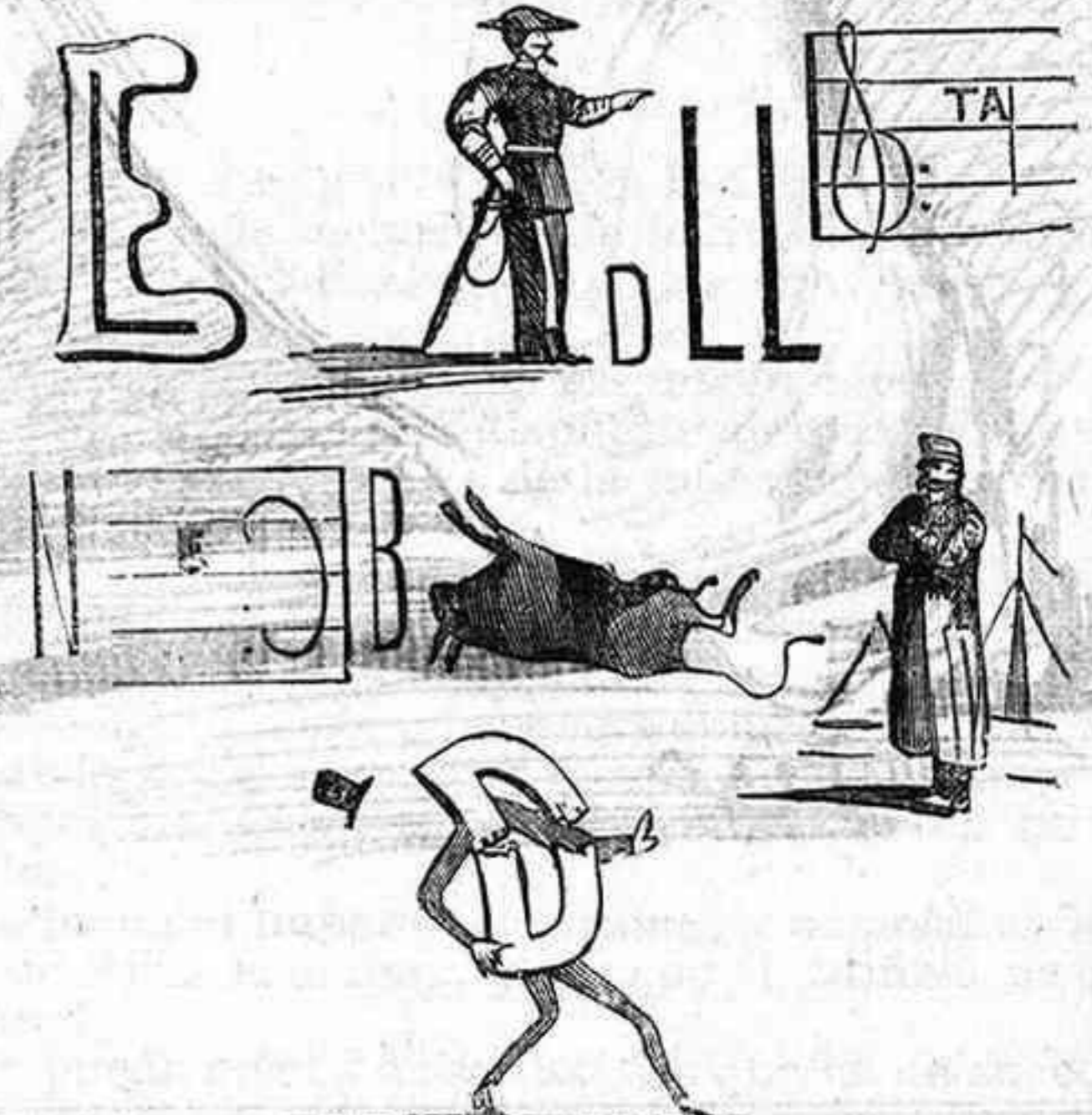
—¿Es verdad que el Sr. Ayala salió del ministerio?
—No: se arrojó de él.

La noticia de la votacion de la monarquía ha producido tal efecto en todas las clases de la sociedad, que hasta el señor patriarca de las Indias, en extremo conmovido, ha devuelto *aquel millon* que sustrajo de los fondos del Buen Suceso.

PASATIEMPO.

Solucion á la charada del número anterior: *Ascenso*.

JEROGLÍFICO.



(La solucion en el próximo numero).

MUÑOZ Y MEXÍA,

CARRERA DE SAN JERONIMO, 34, ESQUINA A LA CALLE DEL BAÑO.

Tienen el honor de anunciar al público haber recibido sus surtidos de novedades para la presente estacion.

NOTA DE PRECIOS

de las prendas que exclusivamente sobre medida se confeccionan.

Pantalones ingleses y franceses, gran novedad.	desde 100 rs.	á 200
Trages negligé ó de mañana, género inglés.	320	600
Trages demi-abellé, diferentes novedades.	500	700
Trages de vestir: Frac, pantalon y chaleco de elasticotinas inglesas y sedan.	600	900
Levitae y jacket de vestir de tricot melton, elasticotina y otros géneros.	400	600
Gabanee ó pardessus.	240	500

El traje que se anuncia á 320 rs. es extraordinariamente barato, y es lo que más se usa actualmente en Paris y Londres como traje diario.

UNIFORMES.—Se hacen de todas clases, y para ellos se cuenta con operarios de primer órden.
AMAZONAS.—Para esta clase de traje esta casa es la primera en España.

LIBREAS.—Se hacen de todas clases y precios.—
REMESAS Á PROVINCIAS.

GENUINA

ESENCIA DE ZARZAPARRILLA DEL DOCTOR GARCÍA.

Bien conocida es del público la gran eficacia de este poderoso atemperante para evitar ó curar toda clase de irritaciones, excitaciones de nervios, sofocaciones, crasitud de la sangre, dolores reumáticos y nerviosos, irritacion de orina, calculos, granos, manchas de la piel, etc.—Madrid, calle de Hortaleza, núm. 9, botica y en las principales de provincias.

MADRID: 1869.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.